

¿PARA QUIÉN ES TODO ESTO?

Mark Withers

La música como es

En la sala reina un apacible silencio. Se vive una sensación de expectación cuando el concertino de la orquesta toma asiento junto a 100 músicos profesionales altamente cualificados. Un momento de silencio y a continuación una oleada de sonido cuando un público de 1.500 personas estalla en aplausos cuando aciertan a ver una figura ligera, anciana, vestida inmaculadamente como siempre, con pajarita blanca y frac, que se abre paso por el camino familiar hasta el pequeño podio situado en la parte delantera del escenario. Ha aparecido el maestro. Eleva su brazo derecho al nivel del hombro y a partir de entonces, con la confianza de miles de experiencias idénticas, conduce la música hacia la vida.

De aquí en adelante son pocas, si es que alguna, las sorpresas. De hecho, podría argüirse que hasta este momento ha habido pocas sorpresas. Y todos saben de lo que estoy hablando, ¿o no? No he mencionado las palabras “concierto” u “orquesta” o incluso “director”, pero la escena no podría ser realmente ninguna otra cosa. Usted tiene probablemente una imagen en su mente de su sala de conciertos local y de un maestro determinado (dudo que se trate de una mujer) y sus idiosincrasias. La orquesta tocará una obertura –Rossini, o quizás hoy podría ser Mendelssohn– tras lo cual se les unirá el gran... (inserte aquí el nombre) para interpretar el exigente Concierto en Si menor. En el intermedio todos discutiremos sobre si el gran... está por encima/en/por debajo de su mejor forma y a continuación nos entretendrán con una dinámica interpretación de la Sinfonía número X de un compositor que pasó parte de su vida, si es que no toda ella, en Viena.

Todo esto podría sonar como si a mí no me gustara este tipo de concierto. Por el contrario, creo que son magníficos y paso buena parte de mi tiempo tocando en ellos y asistiendo a los mismos. Lo que quiero dar a entender es que son más que un poco previsibles. El tema se varía de cuando en cuando (al fin y a la postre, no pueden encajarse una obertura y un concierto en dos horas si lo que se toca es la *Novena* de Beethoven), pero la fórmula se encuentra per-

* Mark Withers es profesor de los cursos de Especialización Musical de la Universidad de Alcalá.

fectamente fijada. Y lo que es más, éste es prácticamente el único modo en el que la mayoría de nosotros puede tener acceso alguno a la música clásica en vivo. Dos horas en una sala de conciertos. Por supuesto, esta dieta uniforme se ve complementada por el vasto catálogo de música disponible en disco compacto y por los notables esfuerzos de los profesionales de la radio por ofrecer una escucha entretenida y estimulante, pero si la interpretación en vivo es realmente tan apasionante como todos defendemos, es entonces cuando pienso que estamos más que un poco atascados.

Casi puedo oír desde mi mesa los gritos de “Y entonces, ¿qué?” de los amantes de la música que lean esta revista. Puede que estemos atascados, pero dentro de este modelo existe una variedad infinita y, además de eso, el modelo parece funcionarnos muy bien, muchísimas gracias. Supongo que todo depende exactamente de lo que entendamos por nosotros.

Los contenidos de una Sala de Conciertos

No estoy interesado en las cómodas butacas para el público, los bares, los vestíbulos o incluso en la acústica. Volvamos a nuestro concierto estereotipado del comienzo de estas líneas. ¿Quién ha venido exactamente a nuestro espectáculo de esta noche? Cualquier director de una sala de conciertos podría obsequiarle con hechos y cifras sobre las dimensiones, la regularidad, la clase social y la edad de su público. Para lo que nos proponemos, sin embargo, todo lo que necesitamos es mirar. La música clásica se ha convertido, ha aceptado en convertirse, en la provincia de la clase media de mediana edad. Quizás el 5% de la población se ha planteado en alguna ocasión asistir a un concierto orquestal (a menos que los precios de las entradas sean tan enormemente altos como para dar acomodo a los Tres Tenores) y la asistencia a estos conciertos está convirtiéndose rápidamente en una obligación social formularia. Tenemos un cocktail embriagador de los jóvenes entusiastas, el amante de la música a largo plazo y las personas socialmente conscientes.

De nuevo: y entonces, ¿qué? Bueno, por una vez, no estoy del todo contento con una proporción tan minúscula de la población, por mucho que valore su apoyo. ¿Tiene nuestro arte realmente tan poco valor para la gran mayoría de la gente? No debemos engañarnos pensando que la barrera es económica. Los partidos de fútbol, el cine: hay cientos de acontecimientos en todas las grandes ciudades todas las semanas que parecen contar con un mayor atractivo para el público que los conciertos de música clásica. Me atrevería a sugerir que es nuestra hermosa y cómoda fórmula la que falla. Para muchísimas personas esta fórmula no quiere decir absolutamente nada. Iría aún más allá y sugeriría que a muchas de estas personas

se les deniega a efectos prácticos el acceso a la música y a las artes y son precisamente estas personas las que más pueden beneficiarse de este acceso.

Si es usted un padre solo o una madre sola con hijos pequeños, ¿cómo puede ir a un concierto? Si tiene espasmos musculares, ¿cómo puede sentarse en el mismo lugar durante dos horas? Si usted es sordo, ¿cómo puede situarse en una posición que le permita sentir físicamente la música? Si usted trabaja de noche, ¿cómo puede estar en dos sitios al mismo tiempo? Podría escribir una lista que ocuparía toda esta revista. Esta lista representa a todos aquellos que no han elegido mantenerse al margen de la música clásica. No pueden darse el lujo de una elección así, ya que nuestra pequeña y cómoda fórmula toma la decisión por ellos. Estoy seguro que usted podría incorporarse a mi lista. Las personas que eligen mantenerse al margen y las personas que no tienen otra opción. La inmensa mayoría de la población. Creo que tenemos alguna labor que hacer.

El camino hacia delante

Supongo que no hay más remedio. La fórmula tiene que seguir así. Ahora, una vez más, puedo oír las voces de resentimiento elevarse a una tras esta afirmación, pero no se preocupen. No estoy proponiendo que nos quitemos de encima los conciertos clásicos tal y como son en este momento. Como ya he dicho, paso gran parte de mi vida involucrado en estos conciertos y no soy incluso tan tonto como para morder la mano que me da de comer. Lo que siento que necesitamos cambiar es la asunción de que éste es el único modo en el que podemos poner en contacto nuestro arte y el público. Necesitamos mirar no a lo que programamos sino a cómo lo hacemos. A cómo podemos conseguir que los maravillosos recursos musicales que tenemos a nuestra disposición logren ponerse en relación con la totalidad de la población.

Personalmente, creo que el artista tiene una sincera responsabilidad social al enfrentarse a este tema y no quiero involucrarle en un debate filosófico (lo cierto es que me encantaría, pero no creo que éste sea el lugar adecuado). Si usted siente que no tiene ninguna responsabilidad social, basta con que eche una ojeada a la economía de su actividad musical. ¿Cuál es el coste real de cada persona que asiste a sus conciertos? Exactamente. Debemos bien sujetarnos a inmensas limitaciones económicas o encontrar un valor más amplio para la sociedad. Ya sea por pragmatismo o por filosofía, llegamos muy rápidamente al mismo punto.

Ahora nos encontramos en el punto en el que tenemos un desafío absolutamente apasionante al que hacer frente. El músico con una función social encontrando un lugar valioso

para una parte de la población tan amplia como sea posible. Nuestra música ofreciendo oportunidades, acceso, opciones. Nuestra música otorgando una voz.

Sí pero, ¿cómo?

Corro aquí el gran peligro de sustituir simplemente la vieja fórmula por una nueva. La respuesta a esta pregunta es un desafío para todos y cada uno de nosotros. Me atrevería a decir que se trata quizás del desafío más apasionante que puede tener ante sí cualquier artista. Lo que le puedo ofrecer está dividido en dos partes. En primer lugar, una clarificación de lo que creo que constituye este desafío y, en segundo, algunos ejemplos de cómo algunos músicos han empezado a abordar aspectos de esta labor. Es muy importante que tome lo que sigue como ejemplos y no como recetas. Sus pueblos, sus ciudades, sus músicos tienen cada uno de ellos su propio conjunto exclusivo de tradiciones y expectativas. A la larga son éstas las que constituirán la mejor guía a la hora de elegir las direcciones que podrá tomar. Así que, el desafío...

- hacer que la música esté al alcance de todos los sectores de la población
- lograr esto sin comprometer los niveles de interpretación musical
- satisfacer las necesidades artísticas de la gente en vez de ofrecer la música por medio de una fórmula tradicional
- aportar un entorno artístico estimulante tanto para el artista como para el público
- otorgar a la música una función social con un amplio abanico de valores y ventajas

Puede que parezca que estamos ante grandes objetivos, pero confío en que los ejemplos que daré a continuación de la labor de dos orquestas del Reino Unido nos ayudarán a mostrar, de una manera modesta, cómo podemos hacer frente a este desafío.

En primer lugar, me gustaría describir una labor que lleva a cabo la Orquesta Hallé de Manchester. La Hallé es quizás la organización artística más ambiciosa del noroeste de Inglaterra y, como tal, sirve a una población de una amplia zona geográfica. Justo al sur de Manchester se encuentra Cheshire, un condado fundamentalmente rural sin grandes ciudades y una población muy dispersa. Esta población constituye una gran parte del público de las temporadas de conciertos de la Orquesta Hallé en Manchester. Sin embargo, la corporación del condado de Cheshire estaba preocupada por el hecho de que estos conciertos despertaran interés únicamente entre un número reducido de sus habitantes. Entre la corporación y la orquesta desarrollaron un programa de acción que incluyó uno de los trabajos más satisfactorios en los que he participado nunca.

Por todo Cheshire se encuentra una red de centros diurnos para adultos con discapacidades. Estos centros están concebidos no sólo para proporcionar alivio y cuidados a sus usuarios sino también para ofrecerles oportunidades educativas, formativas y laborales. El primer estadio del programa consistió en que músicos de la Hallé visitaran los centros y tocaran para un público nuevo. Estos conciertos se vieron seguidos de una serie de talleres en los que músicos profesionales y usuarios de los centros encontraron nuevos modos de hacer música juntos. Desarrollaron confianza, comprensión y algunas obras realmente hermosas. Algún tiempo después, estos talleres empezaron a guardar vínculos temáticos con obras que la Hallé habría de interpretar en sus principales series de conciertos. Se pusieron entradas a disposición de los usuarios de los centros que antes de su trabajo con los músicos habrían encontrado el concierto convencional una experiencia insoportablemente intimidatoria. Al mismo tiempo, los centros empezaron a ofrecerse veladas musicales unos a otros, desarrollando áreas enteramente nuevas de técnicas y conciencia social. Para complementar esto, se ofrecieron al personal de los centros una serie de talleres durante un período de dos años para permitirles incluir la música como una parte integral de su trabajo cotidiano.

Años después, el programa llegó formalmente a su término y los resultados del mismo son todavía evidentes. Los centros tienen una activa vida musical y en muchos casos están creando obras de una calidad sobresaliente. Los usuarios del centro sienten que la Hallé es su orquesta y saludan a los músicos como viejos amigos cuando van a los ensayos o a los conciertos. La orquesta ha llegado a un público que anteriormente no tenía acceso a su trabajo. Por lo que respecta a los músicos que participaron en el programa, señalan que ellos son los que más se han beneficiado.

Existe, por supuesto, un aspecto que no he mencionado. El dinero. Simplemente lo que costó este programa. Durante cuatro años costó la bonita suma de 5.000 libras [ca. 1.200.000 pts] por año. Quizás la mitad de lo que cuesta contratar al gran maestro para un concierto.

La segunda actividad la describiré con menor detalle pero espero que le aporte idéntica inspiración. Tengo el privilegio de trabajar con miembros de la Orquesta Sinfónica de Londres en un programa de visitas a hospitales para niños enfermos. A los niños que conocimos les habían arrancado la infancia el dolor, el miedo y los sufrimientos, y todo lo que podemos ofrecer es unas pocas horas de escuchar y de tocar música. Recientemente, me encontré con uno de los niños con los que habíamos trabajado. Había vuelto con su madre al hospital siete semanas después de la operación para estabilizar su ritmo cardíaco y seis semanas después de haber trabajado con él. El chico me vio en el bar del hospital y vino corriendo a abrazarme. Su madre me dijo que la música era la primera cosa que le hacía sonreír después de su opera-

ción. Que había utilizado nuestra música para volver a ser un niño. ¿Hay algo más que podamos pedirle a nuestro arte que eso?

¿Y qué hay de ustedes?

Confío en que estos dos ejemplos hayan conseguido que su cabeza empiece a pensar sobre cómo poder hacer frente al desafío que se abre ante ustedes. Lo cierto es que no hay recetas, ni rutas sencillas o soluciones sencillas. Es mucho más apasionante que todo eso. Nosotros, como músicos, podemos ofrecer y recibimos mucho más de lo que nos permitimos en este momento. La música es fuerte, poderosa, tonificante, emocionante incluso. No tiene que existir en un cómodo espacio de dos horas en una sala de conciertos. Puede mantener su fuerza todo el tiempo para todo el mundo. Los aspectos económicos del desafío son reales pero no de una dimensión que nos paralice. Puede ser que los músicos necesiten encontrar modos de desarrollar sus capacidades ya existentes, quizás aprendiendo a improvisar o hablar de música a un niño. Una vez más, no hay nada que nos detenga. El límite se halla en nuestras propias imaginaciones. El desafío es muy simple y somos nosotros quienes debemos aceptar el reto. No puedo más que desearle buena suerte en una gran aventura. ■

Traducción: **Luis Carlos Gago**